

1997

## La escritura femenina

Judit Gerendas

---

### Citas recomendadas

Gerendas, Judit (Otoño-Primavera 1997) "La escritura femenina," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 24.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/24>

Judit Gerendas

## LA ESCRITURA FEMENINA

Me siento obligada, casi en contra de mi voluntad, a hacer una confesión que sé que me perjudicará enormemente. Pero no me queda más remedio que hacerla, aunque me consta también que no lograré con ello más que miradas de lástima y comentarios despectivos.

No ignoro, y quizás esto no haga más que agravar mi situación, que hoy en día no está de moda entre las mujeres intelectuales expresar efusivos sentimientos en relación al hecho de la maternidad. Todo lo contrario, las que transitan por la calle principal de la irreverencia sienten un especial placer en demoler a martillazos las esculturas de *La Pietá* con las que se tropiezan en su camino. Demuestran también especial repugnancia ante el embarazo y subrayan con ironía la distancia, imposible de colmar, entre ellas y los hijos, esos *otros* irreductibles y extraños.

Yo, en cambio, me veo precisada a confesar que me encanta la maternidad, con todo lo que pueda tener de idea *demodé*, convencional, estereotipada. ¿No es esto realmente lamentable?

Reconozco que he hecho bastantes esfuerzos para cambiar de actitud, pero igualmente tengo que reconocer que no he alcanzado ningún éxito en este aspecto. Trato de sacudirme de tan absurdo hechizo y me repito que los hijos son esferas cerradas y limitadas sobre sí mismas, impenetrables para mí, apenas su madre, una nadie si a ver vamos, frente a esos desconocidos inexpugnables y lejanos. Indudablemente yo tendría que asumir este hecho, del todo deplorable, pero al mismo tiempo por completo incuestionable, y terminar por aceptar que esos seres a quienes yo, por una liviandad imperdonable de la lengua, llamaba hijos — seres cuyo cuidado y atención habían ocupado no pocos años de mi de por sí breve existencia humana, por qué no decirlo también — eran unos desconocidos, así de simple, puesto que ni siquiera eran unos ilustres desconocidos.

Aunque es realmente penoso el confesarlo, yo estaba atrapada por ciertos lugares comunes, por una red de fórmulas banales que mis manos, tan dadas a acariciar, a rozar las pieles y a enredar los cabellos, no eran capaces de desbaratar, para así librarme del encierro en el que me mantenían cautiva.

No había podido nunca sustraerme a esa insensata idea de que, desde el momento mismo en que nuestros hijos llegaron, el mundo se pobló de palabras nuevas, que para nosotros resultaron de una tibieza insospechada. Triviales palabras como mamá, papá, nené, tan ancestrales y tan manidas, a las que pronunciábamos como si nadie las hubiera usado hasta entonces, como si nosotros las hubiéramos rescatado del olvido para darles forma inédita en nuestras bocas.

Pretendíamos desdoblarnos en niños y no pasábamos de vivir rodeados de pañales blancos. Aunque tampoco se podía negar que la casa entera se volvía como más clara, mientras respirábamos su presencia y su olor a limpio. Nos la pasábamos caminando de un lado a otro con niños en brazos, cantábamos canciones inventadas por nosotros nos empeñábamos en susurrar palabras de la índole de duerman bien, chiquiticos amados, y los contemplábamos embelesados mientras ellos se ovillaban, laxos, confiados y satisfechos.

Hubiera sido necesario librarse de tanto fervor atávico, hacer estallar el embeleso y aterrizar de una vez, soslayar el esquema de tanta puericultura materno-infantil y asumirse como un *ser-para-sí*, autónomo, desalienado y consciente.

Pero la dificultad venía aumentada por esa condición de ellos de ser unos bojóticos tiernos, de labios húmedos y pestañas largas y serenas, que incluso habían logrado convocar la presencia en nuestro patio de un camello que de vez en cuando se acercaba, de pronto, y los montaba en su lomo. Era un fenómeno que sucedía más que todo en esos momentos en que sus ojitos comenzaban a cerrarse. Empezaba el camello a galopar con algún pequeño jinete encima, hundiéndose hasta los tobillos en la blanda arena de las dunas, mientras sus rodillas se doblaban un poco. Un niño comenzaba entonces a tejer su sueño. Los montones cada vez más densos de arena obligaban al camello a balancearse cada vez más intensamente. Su pequeña carga se mecía al ritmo de los pasos acompasados, mientras escuchaba el canto que se levantaba en el desierto. La canción hablaba de un río y de una muchacha y en ella se imploraba y se exigía al mismo tiempo. Y hablaba también de una vena que se había de pinchar y de una sangre que se había de hacer correr para dar fe de un cariño verdadero. El jinete nada entendía de todo eso, pero reconocía sin embargo la melodía que le llegaba, ancestral, dura, de todos los tiempos. Dentro de sí, en lo más profundo, iba repitiendo la canción con una voccecita muy suave, palabra por palabra.

Para cuando concluía la última nota, el mínimo jinete estaba ya completamente dormido. Reposaba satisfecho y confiado en brazos de papá, que lo llevaba hasta la cuna y lo arropaba con mucho cuidado. En el desierto sólo se escuchaba entonces el murmullo de la canción, que se había quedado revoloteando por encima de los oasis y de las dunas.

Resultaba obvio que a gente así, en cuya casa ocurrían hechos de esta naturaleza, con camellos transitando libremente de un lugar a otro, no podía

de ninguna manera considerársele confiable. Más bien debían necesariamente resultar sospechosos desde todo punto de vista, ajenos a la marcha actual de los acontecimientos. Gente así difícilmente podía aspirar a acceder a la condición de sujeto de su propia historia, si es que alguna historia podía haber en estas circunstancias, lo cual en última instancia terminaba resultando también hartamente cuestionable.

Ahora mismo, por ejemplo, sentada en el patio, mis ojos se complacen en recorrer los objetos que me rodean. Veo, junto a la escoba que se ha quedado en el sitio donde seguramente uno de mis hijos consideró que estaría mejor que en su lugar de costumbre, a robots sin pilas, pelotas, un camión de la basura, la tijera, recortes de papel, la goma de pegar, creyones, cartulinas. A donde quiera que dirijo la mirada, me llegan desde las paredes mensajes de animales rugiente o durmientes, supermans en raudo vuelo y letras vacilantes que intentan inscribirse en el universo. Una raya morada baja desde lo alto, indiferente a las normas y pautas de los límites y dimensiones de los objetos de arte, y se continúa por el suelo casi hasta llegar al baño. Junto a mí hay caballitos, bicicletas y poncheras llenas de agua, en las que unas horas antes navegaban las ballenas, los delfines y los submarinos. Carente de pensamientos, contemplo absorta las vacías cajetillas de fósforos y los botones de distinto color y tamaño.

Encima de mí está la noche, suave y tibia. Empiezo a cabecear, mientras a mi alrededor todo se apaga, el movimiento de las cosas se detiene y yo dejo de escuchar los sonidos de afuera. En mi sueño vislumbro la carita resplandeciente de mis hijos, grandes hacedores de lluvia y señores de la ceremonia del agua. Sus ojos inmensos y luminosos examinan el mundo, al cual sus voces llenan de melodías.

El silencio es absoluto y la oscuridad de la noche también. Me levanto y giro los cerrojos de las puertas y de las rejas y voy apagando las luces. Mis pasos resuenan en la casa, en la que ahora soy la única que produce manifestaciones de vida en movimiento, aunque siguen estando ahí las cosas, hablando con su presencia. Levanto un sacapuntas del suelo y doblo un sweter que un fugaz gesto apresurado había echado a un lado.

Dentro de este silencio, terso y afelpado, no se afirma ni se niega nada, ni se despliega teoría alguna. Nada se desborda de la esfera o burbuja o arca de la alianza que pareciera guardar dentro de sí al silencio espeso y oscuro, encerrado cual semilla en el vientre de la noche, continente del cual el contenido no podrá derramarse cual masa amorfa y magmática, puesto que esta nocturna matriz lo sostiene levemente, dándole forma y encarnadura. En la lontananza se vislumbra la curvatura del horizonte, grávida del próximo amanecer, henchida como animal preñado, insinuando en medio de la sombra sus vísceras resplandecientes, rosáceas y azuladas.

Yo, que nunca escarmentaba, obcecadamente seguía soñando para mis hijos con un mundo en el cual no pudiese volver a ser posible que las

canciones de cuna y las tonadas de boda, lo ritos de luna y los ensueños de amor fueran reventados por la brutalidad de los fusiles.

Me acordaba también, como tantas, pero tantas otras veces, de mi padre, de quién más si no, otra de esas características tan convencionales de la condición femenina en medio de cuyas limitaciones yo me manejaba. Adiós, querido mío, hubiera deseado yo susurrarle, y así hacerle partícipe de esa despedida reiterada que en mi interior yo seguía pronunciando interminablemente, en vano intento de compartir su muerte, tan suya, tan impenetrable, tan ajena y lejana, así como una puerta que se cierra de golpe y que nunca más puede ser abierta. Yo sentía que no había ya manera alguna de lograr pasar por esa puerta y llegar hacia donde él de todas maneras ya no estaba. Era como la tapa del ataúd que se dejaba caer y que no se podía levantar de nuevo, o como la tumba de cemento que la grúa remacha con una losa de concreto, mostrando cómo esa ilusión de que el polvo en el que se convierten los muertos se entremezcla con la tierra que origina vida, configurando un ciclo infinito, no es más que eso, una vana fantasía solamente.

Yo andaba todo el día trasegando con jarras y fuentes y ollas y en verdad no tenía mucho tiempo para fantasías, ni mucho menos para elaborar un pensamiento sistemático. Quizás si lo hubiera tenido hubiera podido imaginarme que yo era un hombre y que había alcanzado a ejercer un poder considerable, que había llegado a ser incluso general en jefe de numerosas divisiones, un general que pudo haber participado en guerras grandiosas, como la del Vietnam, por ejemplo. Aunque probablemente sería más conveniente decir de ella que fue grande, y no grandiosa, para ajustarnos más a las opciones que ofrece una guerra moderna, opciones que en realidad no son tantas, y entre las cuales no se incluyen las de los ideales del heroísmo. Un general en campaña dominando a centenares de miles de soldados y de armas, desde rifles hasta bombarderos y sustancias químicas de todo tipo, al mando de convoyes, patrullas y pelotones, diseñando combates y aspirando a ser vencedor, para llevar al enemigo a la derrota, a hacerle aceptar ser el vencido y así impedirle solicitar condiciones de ningún tipo.

Claro que fantasías de semejante índole sólo podían servir para demostrar las ideas tan maniqueas y estereotipadas que yo tenía acerca del rol de los sexos, ideas en las cuales no se tomaban en cuenta para nada realidades tan evidentes como la existencia de la Thatcher, por ejemplo, y su guerra de las Malvinas, o sus irlandeses muertos en sus huelgas de hambre, o la Isabelita Perón y su Triple A, la que inició las masacres en la Argentina de los setentas, para no mencionar sino a dos casos recientes.

Por la tarde yo había estado rebanando el pan en la cocina, mientras escuchaba en la radio algunas canciones, aunque mi mente seguía por su cuenta con sus ensueños habituales. Las voces desgarradas del grupo de rock heavy parecían responderme, con su canto que pretendía ser aguerrido,

aunque más bien era de dolor y de sentimiento, un lamento explosivo, una queja y una maldición, como algo que viniese de muy atrás, quizás de la Biblia misma y en el que se preguntaba por el dónde estar de un cuchillo, por su dónde estar puesto que no lo veían, sería que ya estaban muertos, o sería que estaban ciegos.

Una canción que hablaba de unos muchachos ciegos o muertos, aferrados a una pasión, pero necesitados de un cuchillo, carentes de vista, o con la vida cegada, a oscuras, igual a como estaba ahora yo en medio de la noche, aunque la oscuridad que los rodeaba a ellos no era ni tibia ni afelpada, como la que me envolvía a mí, sino dura y fría, como un estremecimiento. En su canción no había perdón ni absolución posibles, en los términos con los que expresaban su angustia no había concesiones y el objeto de su búsqueda no era una rosa ni una estrella ni la zapatilla de una princesa, sino un cuchillo que se les escapaba en medio de las tinieblas.

Allá en la cocina, mientras untaba la mantequilla y cortaba pedacitos de queso, en medio de una gran cantidad de fragmentos de ideas, destellos, sentimientos, imágenes, inconexiones, trozos de melodías y anhelos informes que no lograban cristalizar en aspiraciones coherentes, yo me había estado preguntando sobre el cómo podría configurarse una expresión de lo femenino. Puesto que resultaba evidente que yo no lograría nunca escapar de esa condición, debido a mis limitaciones ya esbozadas, tendría que estar dispuesta al menos a asumirla, y a enfrentarla lúcidamente. Incapaz de acceder a estadios superiores del desarrollo humano, a una cultura orgánica intelectualmente plena, tendría que tener siquiera el coraje de asumir esa mi situación, lograr la ruptura de lo convencional, y dentro de esa estrechez de opciones, elegirme como lo que yo era: apenas una existencia de mujer.

Sola en medio del silencio, observo ahora frente a mí a la montaña perenne. Pero en lugar de la lucidez, me invaden, una vez más, ay de mí, las imágenes. Recuerdo ahora, pobre esclava de mis hábitos mentales, la figurita de uno de mis hijos sentado en la hierba, llenando sus dos manos pequeñas de tierra, para observar con detenimiento cómo se escurrían sus partículas de entre sus deditos. De vez en cuando levantaba la mirada, muy serio, y vigilaba la marcha del mundo. La mirada serena de sus grandes ojos serios y escrutadores recorría las cosas que lo rodeaban: las copas de los árboles, los pedazos de cielo, los bancos cargados de gente, el suelo cargado de movimiento. Una vez cumplida la exploración volvía a concentrarse en su trabajo. La arena se escurría de nuevo de entre sus deditos tranquilos y afanosos. Sus manos palpaban la tierra húmeda, tamborileaban brevemente, para luego tomar de nuevo el material con el que estaba creando el universo. La fragilidad de su figura mínima se recortaba sobre el suelo, rodeado de innumerables perolitos. De pronto, en un viraje en su actividad que sólo él había decidido, abandonaba la arena para iniciar la recolección de piedritas, palos, hierbas y hojas.

El milagro se había producido y mi niño, que ayer apenas si podía reptar un centímetro o dos, ahora andaba erguido y disponía sus pasos, su dirección y su rumbo. Tropezaba, se tambaleaba y caía, medía el suelo una y otra vez, pero se levantaba de nuevo, se empujaba y echaba a andar.

Era mi niño y venía en dirección mía.

Con sus dos manitas aferraba el aire y trataba de balancearse sujetando la nada. Sus inmensos ojos centelleaban y su sonrisa estaba ahí, no era ni de triunfo ni de satisfacción, era solamente una presencia sin más, una sonrisa de niño, inefable y simple.

Así, de esta manera, se confirmaba también nuevamente el hecho de que yo no lograría jamás superar las contradicciones en las que me encontraba atrapada. Todo se repetía una y otra vez, señalándose de esta manera mi reiterado fracaso, así como el modo divergente de acuerdo al cual se desarrollaban dentro de mí los procesos conscientes, con sus metas y objetivos tan claros y lúcidos, pero a los que yo definitivamente no podía acceder, junto a los procesos inconscientes, irracionales y viscerales, que rayaban en la cursilería y en la banalidad, los cuales me mantenían fijada a posiciones francamente primitivas. A veces, en mi desesperación, no podía dejar de pensar que yo era como un remanente de épocas pasadas, dentro de esta modernidad de fin de siglo a la que definitivamente he sido incapaz de adaptarme y la cual parece ser coto cerrado para mí. No me queda más remedio que reconocer que no lograré integrarme al grupo de las mujeres de la vanguardia intelectual, tal como había soñado alguna vez ingenuamente.

Entre el ir y venir, el reflexionar, el cabecear y el desesperarme, todo lo cual es como una puesta en escena de mi caos existencial, me doy cuenta, de pronto, que poco a poco va amaneciendo. Muy tenuemente el sol empieza a alumbrar el nuevo día que se está iniciando. Se trata de un día inédito, aún no reseñado por la prensa, página en blanco. Posiblemente cuando finalice, ante nuestra mirada retroactiva se verá como una noticia refrita, quizás hasta un poco cómica y un poco marchita, pero en todo caso ya cancelada, congelada en el tiempo, petrificada.

Yo he cumplido con el rito de la confesión y en el acto mismo de haberla hecho va incluida la penitencia. Creo que no hace falta reiterar, una vez más, mi arrepentimiento, ni tampoco será necesario, quizás, volver a pasar por la humillación de tener que aclarar que posibilidad de enmienda no hay. Muy a mi pesar. Como todos sabemos, los llamados atávicos de un instinto ancestral, invasores y avasallantes, son capaces de mantener prisioneros en la liturgia de su noche cerrada a todas aquellas que han demostrado no saber hacer estallar los límites dentro de los cuales permanecen absortas, desgranando los días milenarios, pronunciando augurios, haciendo votos e intentando vanamente influir en la marcha de los acontecimientos verdaderamente importantes de la existencia.